

Atendida la etimología, la *Rassenverbesserung* es: mejora, reforma, enmienda, corrección, remedio etnosocial, obra de la Ciencia y la Tecnología biomédica, toda ella: previsión, consejo, adelanto, auxilio, remedio en las vicisitudes adversas a la Sanidad y la Paz, al humanismo ingente, arruinantes aquéllas de la heredad incólume, fértil, culturable, racional.

## Apuntes para la historia de la Academia

(Continuación)

La Inspección de Epidemias del Principado que en su día solicitara y obtuviera la Academia tuvo bien pronto efectividad práctica. Nos referimos con ello a la invasión y propagación de la fiebre amarilla que desde el siglo XVIII invadiera la Península. Declarada la infección en Málaga en 1741 y en Cádiz en 1764, reapareció en Andalucía por el año de 1800, provocando enconadas controversias entre contagionistas y no contagionistas. Bien se comprende que debían éstas trascender al terreno de la sanidad pública, motivando diversas medidas según triunfase uno u otro bando. Prevalecía entonces el criterio unicista que lo reducía todo a un proceso verdaderamente proteiforme de inflamación, abriendo así el paso a lo que debía convertirse en manos de Broussais en avasalladora doctrina. Así no bastaban los hechos más innegables de contagio para acabar con aquel arraigado prejuicio que desgraciadamente compartió el ilustre Salvá. Bien decía Helvetius que hay epidemias del espíritu como las hay del cuerpo y de las que es igualmente difícil escapar.

Barcelona, que había permanecido indemne de dicho azote, quizá por las relativamente escasas comunicaciones con América, cuyo comercio se dirigía más a los puertos andaluces, vióse no obstante invadida en 1803. En el informe que la Academia emitió para las autoridades del Principado con dicho motivo y que lleva la fecha de 22 de noviembre del referido año, dice que «el origen de la enfermedad de este Puerto se cuenta desde que enfermó un Marinero nombrado Pleun, holandés, que murió a los seis de octubre último y que se cree fué el primero de padecerla. El Barco hacía meses que estaba en el Puerto. En 15 y 16 de octubre murieron en la Barceloneta una madre e hija procedentes de un barco que había 16 meses que estaba en el mismo Puerto, sin que se tengan noticias de que hubiesen comunicado con el holandés. A corta diferencia de tiempo murieron dos muchachos que habitaban la Fragata *La Fina*. El profesor Costa, un marinero Raguxo y dos personas de otro Barco Español acabaron sus días sin que hubiesen tenido roce ni comunicación con el holandés, todos los cuales había muchos meses que estaban en el Puerto. Siguiéron luego algunos suecos y holandeses, y pocos días después los de los buques del Rey, que de mucho tiempo a esta parte se hallaban también en el Puerto. A pesar de las más escrupulosas indagaciones no se ha podido averiguar que los unos hubiesen tenido roce con los otros. Estos datos inclinan la Academia a recelar que la enfermedad ha nacido en el mismo Puerto de esta Ciudad, en el cual parece hay causas bastante poderosas para producirlas en sujetos cuya habitación y modo de vivir los disponen a semejantes enfermedades. Los suizos habiendo trabajado en el Puerto pudieron contraer la misma enfermedad que los demás. El modo de vivir de estos soldados y el lugar de su nacimiento pudo disponerlos para que la enfermedad los atacase con mayor violencia, pues la observación ha enseñado que en los oriundos de países fríos hace mayores estragos cuando se hallan transferidos en países más templados; habiendo podido ser una de las concausas de haberseles hecho más ejecutivo el mal el haber bebido vino nuevo, como expresa en su parte su Coronel respecto de que por la disección se encontró porción de aire detenido en el estómago.»

Como se ve, las ideas reinantes en la Corporación se inclinaban a admitir una infección común o propia de nuestros climas, rechazando todo supuesto de una enfermedad exótica. El razonamiento, por chocante que hoy parezca, era tanto más plausible, cuanto la doctrina imperante y equívoca de los miasmas hacía difícil explicar que hubiera infecciones especiales, típicas y señaladas por la geografía médica. El más elemental examen de los libros de epidemiología, desde los de Hipócrates a los últimos del siglo XVIII, hubiera debido abrir los ojos de aquella generación acerca la existencia de entidades nosológicas de causa única y de perpetua regeneración. Nada, sin embargo, se adelantaba con probar una y mil veces la reaparición de morbos exóticos y pestilenciales. Ni la peste de Atenas, ni la negra de la Edad media, ni la del siglo XVII, podían desarraigar el falso concepto de unos miasmas ca-

paces de engendrar toda suerte de enfermedades. Si ahondamos un poco más en la explicación de este error, cuya vida fué tan dura, lo encontraremos en la falta de criterio etiológico, único que ha podido arrojar luz sobre el origen y difusión de las epidemias. La clínica, con todo su caudal de observaciones, no podía salir más que de vagas teorías, llegando, a veces, justo es decirlo, a geniales intuiciones que por fuerza debían ser infructuosas. Cuando recordamos que en tiempos modernos se ha negado la contagiosidad de la fiebre tifoidea y aun de la blenorragia considerándolas hijas de causas comunes sin especificidad alguna, bien comprenderemos que al comenzar el siglo XIX, y ante un proceso exótico como la fiebre amarilla estuviesen nuestros antecesores dudando y *progređientes per tenebras*. La fiebre amarilla a penas tenía nombre en nuestra literatura médica y así al aparecer en Málaga se la llamó solamente «crisis epidémica» en su primera relación como se la llamara en Pernambuco, «constitución pestilencial». En las colonias la denominación vulgar de *Vómito prieto* o negro, alternaba con la de *calentura amarilla*, afanándose los observadores en referirla a una de las entidades descritas por Hipócrates y que por un neologismo harto vulgar se calificaba de *causón*. En nuestra ciudad no estaban más adelantadas las ideas acerca de la peste americana, como veremos luego a pesar de lo que vamos a transcribir referente a los progresos del morbo. «Por lo que toca, dice, a los progresos de la enfermedad, ve la Academia que desde el día 6 de octubre en que murió un marinero del holandés el Capitán Plenn hasta el día 26 del mismo fallecieron de esa enfermedad las 12 personas que puede saberse haberla padecido. El día 27 del mismo se estableció el Lazareto y en él entraron, hasta el día 19 de noviembre, 57 enfermos de los cuales murieron 25; pero no debe disimularse que la mayor parte de éstos entró a aquel hospital agonizando o muy cercanos a la muerte, respecto de no haber llamado facultativo a tiempo para su asistencia y algunos confesaron que lo habían hecho por el horror que tenían al Lazareto. Los restantes han vencido la enfermedad con todo que muchos de ellos han sufrido todo su rigor hasta los vómitos y deposiciones negras o atrabiliarias. Hacía ya algunos días que no entraba enfermo alguno al Lazareto, lo que hacía esperar que la enfermedad se iba a terminar. En los días 18 y 19 fallecieron en el santo hospital 9 suizos de la misma enfermedad y han entrado al Lazareto 7 u 8 con síntomas al parecer de ella, que es el estado actual de los progresos que ha hecho el mal, cuyas consecuencias hasta pasados algunos días de observación no son fáciles de pronosticar.»

La invasión de nuestra urbe por el azote americano había dado lugar a acaloradas polémicas sobre su origen que andando los tiempos habían de dividir la Academia en bandos tan enemigos como puede ofrecerlos la política. De momento y al llegar a dar su opinión acerca de la naturaleza de la enfermedad, decía el informe académico que era aquella bilioso-pútrida o bilioso-pútrido-maligna. «Los autores—decía—que han tratado estas enfermedades les han dado varios nombres, habida razón de los síntomas que las acompañan, como por ejemplo Massitrick la llama *Febris maligna flava Indiae occidentalis*. Montrié la llama *Febris maligna biliosa americanae* y Lahry *Jelow feber*, Brusé Lind *Febris flava pútrida*, Sauvages *Typhus Icterodes*. Los franceses la llaman *Maladie de Siam*, *Fiebre des Matelots*. Los ingleses y americanos *Black vomiting* y los españoles *Vómito prieto*».

Adrede hemos transcrito esta nomenclatura porque da expresiva idea de una dolencia exótica, de modo que asombra la tenacidad y el empeño de confundirla con enfermedades estacionales comunes como hace el informe académico cubriéndose con la autoridad de Berthe. Este observador, que delegado por el Gobierno francés describió la epidemia en 1800, asimilaba el azote a una simple fiebre nervoso-bilioso-pútrida. La Academia, todavía más categorica, afirmaba: «No pasa ningún año que no se observen en Barcelona pocas o muchas de estas enfermedades y a veces con el síntoma de la amarillez.» Si parece increíble que se confundiera con simples afecciones catarrales una dolencia tan diferente por sus caracteres, difusión y malignidad, debemos recordar que hace pocos años y cuando la gran pandemia grippal de 1889-90 no fueron pocos los clínicos que se resistían a ver en ella otra cosa que un simple catarro de la estación. No es tan raro, pues, que en aquella época de medios de observación tan reducidos y tan dominada por otra parte por el criterio de autoridad, se negase a dicha epidemia todo tipo de exótica. Se trata de una manifestación colectiva de aquel estado de espíritu que Lombroso denominó misonéismo y que se ha opuesto a todos los adelantos médicos desde la circulación de la sangre hasta la quina y la vacuna.

Los adversarios del contagio y por tanto del carácter exótico de la fiebre amarilla, debían refugiarse para explicarla en causas locales, o como se decía entonces, solariegas. Tratándose de una infección introducida por vía marítima, tenían que buscarse en nuestro puerto todos los elementos patogénicos. En este sentido es curioso reseñar la topografía médica del puerto de Barcelona efectuada por la Academia y presentada en 21 de diciembre de 1803: «El Puerto de Barcelona—dice—se halla situado en la parte meridional de esta numerosa ciudad, el vecindario de ella se considera ser de unas ciento y treinta mil personas. Su situación geográfica en la torre septentrional de la catedral, que puede considerarse como el centro de la ciudad está a los 41° 22' 49" de latitud y a 0° 9' 48" occidentales de longitud, contando por el meridiano de París. La figura del Puerto, según se manifiesta en el adjunto

plano—(que por cierto ha desaparecido)—puede considerarse no en rigor matemático sino para facilitar la inteligencia, como un pentágono irregular. Por la parte Oeste y Noroeste está cerrado en línea recta en 772 varas por la muralla llamada del Mar, por la del Norte por un pedazo de playa de 442 varas, que debe conceptuarse como otro lado recto del pentágono. Por la parte del Nordeste hasta el Sud corre el andén formado en dos líneas curvas que juntas valen mil varas y pueden imaginarse como otros dos lados del pentágono que terminan por la parte del Sur con el farol o linterna del Puerto. Queda abierto visiblemente este puerto desde el Sur con dirección al Oeste con 780 varas y esta línea imaginaria puede figurarse como el quinto lado que cierra el pentágono. Pero sensiblemente algo más hacia fuera está casi cerrado el puerto por un banco oculto de arena que llaman la barra y sigue esta última dirección.» La aridez de esta descripción resultaba inevitable para comprender debidamente la topografía médica. Por ello pedimos indulgencia, tanto más cuanto el asunto se relaciona con la historia de nuestra urbe en su principal arteria de comunicación con el orbe civilizado.

«Cada uno de estos cinco lados en que hemos dividido los límites del puerto contribuye con su parte a la estrechez e insalubridad de éste, que progresivamente va en aumento. Por el primer lado que forma la muralla del Mar desaguan al puerto las seis bocas de albañales de la ciudad, las que vomitan dentro del Puerto las aguas llovedizas, gran parte del polvo, lodo y estiércol del ganado de conducción que éstas encuentran por las calles, todas las aguas del fregado, las que se desechan de los tintes y otras operaciones de fábrica y gran parte de las inmundicias de las letrinas de las casas particulares. A más de esto, a alguna distancia del albañal número 7 se halla otro conducto de inmundicia que sale de las Atarazanas, que aunque cae fuera de la línea recta del farol de la Muralla, con todo los materiales que arroja al mar son de igual calidad que los de los demás que van a parar al muelle. Porque en el ángulo que forma otro lado del Pentágono con el pedazo de playa desagua otro ramal de infección de la misma especie que los siete antecedentes. El pedazo de playa que constituye el segundo lado, en los días de fuertes aguaceros deja bajar hacia al Puerto todo aquel lodo y estiércol de animales que los que venden aceite en las barracas que están cerca la de San Telmo suelen amontonar al frente de ellas para facilitar el paso de los compradores y a más de esto todos los desechos del continuo desembarco que se hace en la otra playa y las arenas superficiales de la misma. En toda la extensión de la curva que forma el andén del puerto observamos varias causas que contribuyen a la insalubridad. Las cortezas de melones, naranjas y otras frutas que se venden y comen en abundancia en el mismo andén, los pedazos de esteras, cuerdas medio podridas y otros desechos semejantes que se tiran o caen allí, todos van a parar al mar; los géneros o frutos consumidos a bordo que se echan al agua desde los barcos, los tronchos de verdura, plumas, piltrafas de carne, trapos, cascote, las aguas del fregado, las barreduras, los excrementos humanos y de los irracionales que están a bordo y otras de esta naturaleza, contribuyen a llenar el puerto y hacerle menos sano.»

El puerto de Barcelona, cuya accidentada historia ha descrito Capmany en su célebre libro del *Consulado de Mar*, no tuvo de puerto más que el nombre, puesto que no era en realidad más que una playa con su fondeadero. En el siglo xv, y bajo el reinado de Alfonso el Magnánimo, se inauguraron solemnemente las obras para un muelle, en lo que no se hacía más que repetir el ejemplo de la centuria anterior reinando Pedro el Ceremonioso. Nada se sabe de lo que pasó después de la inauguración, pero lo cierto es que a fines del siglo xv y reinando Juan II se inauguró de nuevo el muelle, que sin embargo no llegó a terminarse ya que fué objeto de otros trabajos a fines del siglo xvi. Sin embargo y si hemos de creer a Capmany, no disfrutó Barcelona de verdadero muelle hasta el siglo xviii. La dificultad principal estribaba en las llamadas vulgarmente *tascas* y en lenguaje marítimo *barra*, o sea un banco de arena que obstruía la entrada al puerto. Este banco es objeto también de descripción en la ya citada topografía médica. «El banco de arena, dice, sigue la dirección del último lado del Pentágono; tiene el inconveniente, según los temporales, de enviar cantidad considerable de arenas a este puerto y de dejar pasar infinidad de materias animales y vegetales de que suele cargarse el muelle en las avenidas del río Llobregat, sin que vuelvan a salir porque la misma barra sirve después de estorbo para que puedan retroceder, lo que resulta en perjuicio de la limpieza del puerto. A los inconvenientes sobredichos deben añadirse el declivio que forman las arenas hacia el andén y cierto movimiento circular que toman las aguas del mar que se encuentran más acá del banco de arena. El ángulo de incidencia con que las olas baten la parte del Oeste, en su reacción ocasionan un movimiento circular o ese especie de movimiento centrífugo desde Oeste al Sur a la manera que lo observan todos los barcos de remo y de este movimiento proviene que las inmundicias que entran por los albañales según esta corriente circular y se detienen principalmente en la parte del andén que está frente a la máquina, llamada vulgarmente *machina* y las que no anclan al fondo, escupidas por el mar, van a parar al recodo que forma el mismo andén junto a la linterna, de suerte que allí se ven fluctuar a menudo entre las olas perros, gatos, carneros y otros animales muertos que no salen de aquel lugar hasta que un fuerte temporal variando la corriente, lo que sucede raras veces, los echa fuera, y si esto no acontecía

se pudren allí mismo. Por motivo de la estrechez del puerto, que aumenta a lo menos de dos varas y media cada año desde el sondeo de 1779 por las causas expresadas, los barcos están tan contiguos que en muchas andanas llega a pasarse de uno al otro y a más de esto las proas casi tocan con las popas.»

En cuanto a las causas propiamente tales de la epidemia no mencionaba más el informe que las tan vulgares y repetidas del hacinamiento, la miseria, la mala calidad de los alimentos y bebidas, las pasiones de ánimo deprimentes que sentían las tripulaciones de los buques detenidos en el puerto con motivo de la guerra entre Francia y la Gran Bretaña. El médico de Sanidad don Lorenzo Grasset, socio de la Academia, fué el primero en advertir a las autoridades de la aparición de una enfermedad contagiosa en el mismo grado que las fiebres malignas de cárceles y hospitales, calificándola de «hidra que amenazaba devorar el Prado». Entonces y dada la voz de alerta se tomaron las disposiciones que parecieron más acertadas, como eran aislar los buques sospechosos o «ponerlos en franquía», desaguar, limpiar sus sentinas, hacer baldeos con vinagre, lo propio que fumigaciones; se pusieron «mangotes de ventilación», llevando entretanto los enfermos a un lazareto «bien ventilado». A la vez se dispuso que se «aligerasen de gente los buques», principalmente por la noche, mandando cesar el trabajo de los pontones y ordenando un reconocimiento general de los buques existentes en el puerto, que eran en número de 221. Para completar estas disposiciones se prohibió la entrada en la ciudad a todo enfermo sospechoso del puerto y de la Barceloneta.

La parte doctrinal en que se apoyaban tales disposiciones era la tradicional, o mejor dicho rutinaria, de los miasmas, que aunque no referida expresamente en la Memoria era clara al hablar del mal olor de las aguas del puerto procedente de la infección de las aguas. Al sobrevenir las fuertes lluvias que caracterizan el régimen meteorológico de nuestra ciudad en los últimos días de septiembre y primeros de octubre se creyó que aumentaba con ello el material infectivo por la irrupción de las aguas fétidas de las cloacas. No se necesitaba más para convencer a los informantes que declaraban solemnemente que la experiencia enseñaba como las aguas corrompidas podían no ser infectas para el aire si permanecían quietas, pero que en caso de agitarlas despedían exhalaciones tan malsanas que mataban de repente, como había ocurrido con los gatos del barco de don Salvador Fortuny que habían muerto todos «antes de manifestarse la enfermedad en las personas». No sólo los animales sentían los perniciosos efectos de la enfermedad nueva, sino que aun los botones y charreteras de los oficiales la declaraban con su rápida oxidación; semejante cuadro recuerda vagamente los de todas las descripciones en épocas de epidemia, ya trágicas, ya cómicas, y así vemos a observadores como Rui Díaz de Isla que al hablarse de sífilis en Europa afirmó haberla visto en las Indias, no sólo en hombres y animales sino hasta en las plantas y entre ellas algunas tan vulgares como las coles. Lo curioso es que a pesar de lo evidentemente nuevo e insólito de la dolencia, de su localización en el puerto, de su entrada por los buques del mismo y aun de las rigurosas medidas tomadas contra el azote, se le siguiese creyendo una enfermedad vulgar y estacional. Esto prueba hasta qué punto el espíritu de sistema puede cegar a quienes lo poseen, causando más daño que la misma ignorancia.